



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA : D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La Catedral de Strasburgo*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*El Remordimiento* (poesía), por D.<sup>a</sup> Antonia Diaz de Lamarque.—*Un traje de glasé* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilches.—*Variedades*.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—LÁMINAS: *Figurin*, n.º 870, bis.—*Grabado de Labores*, núm. 82.

## REVISTA DE MODAS.



A Moda de invierno ha utilizado un tiempo seco y frio para hacer su entrada triunfal!

Se muestra siempre caprichosa, ¿cómo no, si es al cabo mujer? y como ya hemos hecho advertir, busca con marcado empeño los *grandes efectos*, y aun añadiríamos que admite todos los disfraces, pudiendo una dama vestirse de china ó de turca, sin salvar los límites marcados por la Moda.

Consoláos, sin embargo, lectoras juiciosas: aquellas que quieran pasar por distinguidas y no por escébricas, encuentran siempre, aun en esta época de embozado carnal, el medio de unir el gusto á la elegancia, la Moda al buen juicio! No se necesita para ello mas que tomar el traje suprimiendo los accesorios que le recargan: además, yo me he propuesto no recomendaros mas que aquellas prendas lindas y razonables, y si de vez en cuando os señalo una escentricidad, es para que la celebremos juntas; para que nadie antes que vuestra cronista os la presente.

Empecemos, pues, á hablar con formalidad, principiando por haceros observar la gran economía que establece en nuestros gastos el traje corto. Aprovechéanse para él todos los vestidos á medio uso, y si pertenecen estos á los que no estaban muy nesgados, sale doble falda, figurada la interior, ó una sola de las que son *entre-largas*, que constituyen la última novedad, sobre todo para señoras de algun respeto. El traje enteramente corto, parece reñido con la severidad y el respeto, y propio solo para personas muy jóvenes: las que no lo sean les aconsejamos el traje de una sola falda, que sin descansar en el suelo oculte el pié. Utilizáanse para estos trajes el terciopelo bueno, el terciopelo inglés, la felpa, el *poult de soie* y los tejidos de lana, entre

los que destaca como á propósito para estos trajes el paño. El adorno mas admitido para ellos es la piel, pero no en grandes tiras como en otros años era indispensable, sino en pequeños filetes de dos centímetros de ancho, ó dos y medio á lo mas. Una tira ancha de marta ó astrakan al borde de un abrigo, seria hoy tan inadmisibile, tan ridiculo, como un sombrero grande ó una moña en el peinado demasiado chica! El paletot para traje corto es siempre holgado, recto, guarnecido de piel y forrado de ella tambien, á cuyo objeto se destinan los vientres de petit gris mezclados con los de armiño: esto produce un batido del mejor efecto para forro de paletots y de grandes talmas imperiales para abrigos de noche. Para abrigos de vestir se prefiere la forma *polonesa* ceñida casi al talle, cerrada á un lado y guarnecida igualmente en todo el borde, hombro, cuello y bolsillos de una tira estrecha de marta, astrakan, ó petit-gris, forrados de franela ó piel. Como lindo complemento, recomiendo los manguitos caprichosos de este año.

Segun puede observarse, no soy hostil á los caprichos de la Moda, siempre que no traspasen los límites razonables, y me apresuro á recomendar con verdadero júbilo los manguitos de este invierno. ¡Son graciosos, atrevidos, con tanta gracia como originalidad! Ya el año anterior empezaron á usarse con la cabecita de la marta ó el *petit-gris* encima del manguito: hoy es el animal completo el que constituye esa prenda de gran comodidad. Esto, sin embargo, no es ilógico: si utilizamos toda su piel, ¿por qué no hemos de admitir como adorno sus patitas y diminuta cabeza? No usamos en nuestros sombreros pájaros é insectos sin suprimirles nada; ¿por qué no hemos de llevar como reclinata en nuestro manguito una pequeña marta de astuta expresion, ó un tímido armiño? Entre las novedades que podemos señalar en manguitos, se cuentan estos y los escoce-

ses, de forma igual á las escarcelas que se usan como complemento de aquel traje, y pendientes de un cordón que se suspende del cuello. Unos y otros son pequeños, y apenas tienen cabida para las manos, no dándoles mas estension, porque á ellos debe unirse el puño de piel que adorna la bocamanga y no podría penetrar en el manguito.

No apruebo del mismo modo las cinturas *chambelan*, que así se las llama, ni podré acostumbrarme jamás á ver esa enorme llave con su cerradura sobre el aristocrático vestido de una dama! No creo que ninguna señora de buen sentido haga uso de esa escentricidad que comienza á ostentarse en nuestros almacenes, y aquellas de nuestras lectoras que quieran á todo trance lucir una de estas estrañas cinturas, darán una prueba de buen gusto eligiendo en lugar de la llave, la abeja de grandes alas ó las argollas. De dos estravagancias, lo mismo que de dos males, debe preferirse el menor! Estos cinturones son accesorios del traje de salón, cuyos últimos modelos son de falda con estensa cola, en telas ricas realzadas por adornos de raso, encaje y pluma: el escote cuadrado en vez del redondo hace furor, y las mangas cortas de un solo bullón pequeño son las de actualidad. El fichú María Antonieta es otro objeto que goza de gran favor para sociedad, y uno negro de encaje ha sido lucido por la Emperatriz Eugenia en una de las últimas fiestas sobre un traje de poulte de soie blanco con lazos de terciopelo grana: el sombrero era de pluma blanco.

Los sombreros se hacen de telas variadas, y para teatro se prefiere el color verde noche con encajes y plumas blancas. Respecto de formas ha existido un momento de vacilación... se ha intentado hacerlos mayores... pero al fin las formas pequeñas han triunfado! Se emplea siempre el encaje para adorno posterior del sombrero, permitiendo este detalle cubrir algo mas la cabeza, sobre todo para las señoras mayores, que no siempre pueden convenirse á las formas atrevidas de la Moda. El epinglé blanco es la tela mas general-

mente admitida y el terciopelo negro, adornando los bieses de raso, encajes, veletes por la parte posterior y plumas, hojas, palmas ó broches de oro: el acero entra tambien en pequeña parte como adorno mezclado con el oro. Las formas mas generalizadas, entre las infinitas inventadas por la Moda, son el sombrero diadema, del cual forma el ala vuelta el principal adorno; el María Antonieta, de ala vaporosa, de ruches y puntillas; el Trianon, con fondo, ala y bavolet, pero todo muy pequeño, y el sombrero birrete: estos son redondos, adornados con plumas y bridas de encaje cuando se destinan para vestir, y guarnecidos de piel como el traje si son para mañana ó visitas de confianza.

Ahora, despues de hablar de prendas muy ostentosas, tócales la vez á otras mas económicas. Se hacen siempre paletots para casa y mañana de muleton en fondo blanco con listas y lunares, de forma recta y manga ajustada: tambien obtienen para este objeto singular favor las vestas ó chaquetillas de punto, que muchas señoras hábiles en labores pueden confeccionarse por sí mismas. Los fichús de punto ó de cachemir con entretela de puntas cruzadas atrás, sujetando el pico de la espalda, son un gracioso capricho para las jóvenes, dejándoles lucir la esbeltez del talle y abrigándoles sin embargo el pecho y la espalda.

Tambien hemos visto trajes completos para casa hechos en el mismo muleton, mereciendo mencion especial los que son de muleton blanco ó azul de un color solo. Estos se cortan de forma de sotana holgada, describiendo perfectamente el círculo de la cola, y cerrándolos en todo su largo por delante grandes botones de seda negra: un bordado breton, hecho tambien con seda negra, marca un círculo bordado en torno de cada botón, en el hombro y en el bajo de la manga. Nada mas sencillo, mas confortable, y mas económico que estos lindos vestidos de casa, que no vacilo en recomendar á mis bellas lectoras.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

Quieres que te entretenga con la relacion de mi viaje, Julia, pero ¿sabes tú si esto es acaso posible, hoy que la rápida locomotora nos arrastra en su torbellino; hoy que en un brevísimo espacio de tiempo saludamos cien distintas poblaciones? Acabáronse aquellas deliciosas veladas, en las cuales, reunidas en torno de una mesa de labor, escuchábamos con sumo embeleso á los viajeros que nos describian las costumbres de los países que habian visitado. Hoy los recuerdos se confunden unos con otros, se borran, se estinguen, y solo resuena en nuestros oidos el ruido fatigoso del tren que devora las distancias; solo vemos flotar

delante de nuestros ojos la imágen abigarrada de los árboles que van y vienen, de las casas, las aldeas, las ciudades que llegan y desaparecen, como si se entregaran á una danza fantástica y vertiginosa. He visitado la Italia, la Suiza, la Alemania, y de todos estos recuerdos, solo ha quedado grabado en mi memoria el de una pintoresca ciudad, que se espeja en dos rios caudalosos, que se asienta sobre una alfombra de flores, y que mas que por su numerosa poblacion, y por sus ricas y variadas manufacturas, es célebre por su Catedral gótica y severa.

Hable de Strasburgo.

Atraviésala el rio Ill en varios puntos, y sus últimas fortificaciones se estienden hasta el Rhin, sobre el cual hay un puente de barcas, llamado Kehl, que tiene un cuarto de legua de longitud próximamente.

El destino de Strasburgo ha sido vario y borrascoso: fundada y erigida en plaza fuerte por los Romanos, que la dieron el nombre de *Argentoratum*, perteneció tan pronto á Alemania como á Francia, y despues de convertirse en república y gobernarse por sus propias leyes, sucumbió definitivamente bajo el poder de la segunda, de cuyo territorio hoy forma parte. Tampoco los elementos se mostraron mas benignos con ella, pues fué asolada por muchos temblores de tierra, y sufrió varios incendios.

Esta ciudad, vista desde lejos, ofrece un aspecto imponente: cuenta mas de 260 calles, estrechas y tortuosas algunas, es cierto, pero otras rectas y espaciosas, anchas plazas con árboles, casas de piedra, fábricas inmensas, y muchos edificios públicos de sólida y elegante arquitectura.

¿Qué seria, sin embargo, Strasburgo sin la magnífica Catedral que la dá nombre? Una ciudad manufacturera como tantas otras, un cuerpo sin alma, una reina sin corona. Solo el génio tiene el mágico poder de trazar entorno de sus obras un círculo esplendoroso, foco de luz perenne que atrae irresistiblemente hácia sí á los dispersos caminantes; solo la fé puede inspirar al génio esas obras colosales que resisten incólumes al trascurso de los siglos, para legar á nuestros lejanos descendientes las venerandas creencias del pasado. Tal es la Catedral de Strasburgo: monumento elevado por el génio y la fé cristiana, conservará, ínterin quede en pié una sola piedra, su sello de eternal belleza.

Echó los fundamentos de este templo en 504 Cloris, el piadoso rey de Francia; pero destruido en 1007 por un voraz incendio, Verner, conde de Habsbourg, entonces Obispo de Strasburgo, lo reedificó, queriendo que fuese mas espléndido que el antiguo. Admira en efecto, tanto la solidez y la elevacion del gótico monumento, como los pórticos laterales, notables por sus esculturas, y la magnífica portada, que tiene 188 piés de frente, decorada con una elegante rosa, y flanqueada por dos macizas torres cuadradas, de las cuales la de la izquierda, que termina en una flecha de piedra con balaustres de una labor sumamente delicada, pasa por ser una atrevida obra maestra, y tiene 540 piés de elevacion. Lo interior de la iglesia presenta una vasta nave con bajos relieves, acompañados de numerosas capillas, un coro realzado por bellísimas esculturas, un monumento erigido en honor del general Kleber, y por último, en el crucero del ala derecha, se ve el famoso reloj, cuya máquina es tan complicada que hasta señala el movimiento de las constelaciones.

Aunque me embelesaron todas estas maravillas del arte, lo que mas fijó mi atencion fué la estatua de Sabina Steinbach, cuya piadosa leyenda habia oido referir tantas veces á mi santa madre.

¿La sabes tú? Héla aquí, tal como la cuentan los sencillos habitantes de la Alsacia.

Era Sabina hija de Erwin de Steinbach, célebre arquitecto aleman que floreció en el siglo XIII, y á quien fué encomendada la construccion de la torre que domina la iglesia. Era Erwin un grande artista, lleno de inspiracion religiosa, y deseoso de glorificar á Dios en sus obras.

—¡Oh, si yo pudiese fundir el duro mármol en el fuego que me abrasa el pecho, decia Erwin á su hija, yo haria

una obra maestra que revelase el poder de Dios á las criaturas! ¡Oh, si yo tuviese muchos años de vida, quizás el trabajo y el estudio conseguirian el milagro; pero temo que se abra pronto el sepulcro que debe recibirme!

Erwin era muy desgraciado; habia perdido á su esposa, á la cual amaba con pasion, y su hijo le habia abandonado, yendo á recorrer el mundo en busca de aventuras. En cambio, Sabina, á quien todos apellidaban la santa por su belleza y sus virtudes, le rodeaba de amor, atenciones y cuidados.

—Mereces ser muy dichosa, la decia á veces su padre estrechándola en sus brazos, ¡qué fuera sin tí del pobre viejo! ¡Concluir mi obra, y hallar un buen esposo para tí, es lo único que deseo antes de dejar la tierra!

Este último deseo se realizó muy en breve. Dos de sus mas aventajados discípulos, un francés llamado Polidoro, y un silesio llamado Bernardo de Sunder, le pidieron al mismo tiempo la mano de su hija. Era el primero escéptico, audaz, orgulloso: era el segundo de carácter dulce y apacible, de religiosos y nobles sentimientos: Sabina le dió la preferencia.

—Os casareis el dia en que se termine mi obra, dijo Erwin bendiciendo á los futuros esposos.

Dios no lo permitió. Un trabajo demasiado asídúo destruyó por cómplo la ya quebrantada salud del artista, y clavado en su lecho de dolor, contempló durante mucho tiempo al través de los vidrios de su ventana, su obra maestra incompleta, á la que quizás otro artista mas afortunado, daria la última mano inmortalizando su nombre.

—¡Oh, si mi hijo no me hubiera abandonado, decia mesándose los cabellos con desesperacion, si se hubiese dedicado al noble ejercicio de la arquitectura, ahora podria completar mi trabajo, y el nombre de Steinbach no quedaria sepultado en el olvido. ¡Ay, triste de mí, infeliz de mí!

Sabina le oia inmóvil y silenciosa al lado de su lecho, y solo contestaba con lágrimas á tan sentidas quejas.

Para consolarle redoblaba sus atenciones, sus caricias. Todos los que frecuentaban la casa del artista, durante su larga y penosa enfermedad, quedaron penetrados de admiracion al contemplar la filial ternura de su hija.

Pero su amor no pudo conjurar la presencia de la muerte que se introdujo en su hogar fria y silenciosa para ampararse de su víctima. Erwin murió, consagrando á la torre su último pensamiento.

Inútil es describir el dolor en que quedó sumida la infeliz Sabina, dolor que se aumentó al saber que el Consejo de Strasburgo habia resuelto concluir la obra, dando la preferencia al que presentase el mejor modelo en un brevísimo plazo.

Todos los artistas se apresuraron á concurrir al certámen, pero Polidoro fué el que ganó la victoria.

Aquella noche misma el amante postergado corrió á casa de Sabina.

—Sin duda sabreis que mi plano ha sido aprobado, la dijo, pero si consentís en ser mi esposa, permitiré que vuestro hermano lo firme, y de este modo, el nombre de Steinbach no quedará oscurecido.

¡Qué alternativa tan cruel para la triste jóven! ¡perder á su amante, ó hacer traicion á la memoria de su padre!

Muy grande era el amor que profesaba á Bernardo; muy viva su piedad filial; ¿por quién debia decidirse? ¿quién ganaria en la espantosa lucha?

Trémula, anegada en llanto, pidió á Polidoro que la dejase sola para reflexionar, y corrió á postrarse á los piés de un Crucifijo.

—¡Acúdeme tú! ¡Sálvame tú que redimiste al mundo, exclamó entre suspiros! Adoro á mi padre, adoro al que debe ser mi esposo: ¡ten compasion de mí!

Oró durante mucho tiempo con un fervor inmenso, con una fé sin límites.

Habia puesto su suerte en manos de Dios, y todo lo esperaba de su misericordia infinita.

De pronto le pareció que la estancia se iluminaba con vivísimos resplandores, que se llenaba de seráficas armonías, é impulsada por una estraña fuerza interior, corrió á la mesa... Sobre la mesa habia un papel muy grande estendido, y un lapiz. ¿Quién habia puesto allí el lapiz y el papel? Sabina no se dió cuenta de nada, empezó á bosquejar á grandes rasgos una torre, y trabajó toda la noche al resplandor de aquellas luces celestiales, embriagada por aquellas armonías divinas.

Al rayar el alba se durmió.

—¡Sabina, Sabina! gritó un anciano amigo de su padre, sacudiéndola del brazo y mostrándola el papel; ¿has hecho tú esto? ¿lo has hecho tú?

Sabina abrió los ojos y exhaló un grito de sorpresa. ¡Lo que tenia delante era una obra maestra, tal como únicamente hubiera podido concebirla su padre!

El anciano la arrastró consigo, llevándola delante del Consejo, á la sazón reunido, para estender el nombramiento del agraciado.

El asombro fué general, el entusiasmo inmenso, al ver el bosquejo trazado por la jóven.

—Sabina de Stembach, dijo el presidente, tu obra excede en mucho á la de Polidoro, y te otorgo á tí sola el derecho de concluir la torre, para que tu nombre, coronado de gloria, pase á la posteridad unido al de tu padre!

En efecto, la Alemania coloca á Sabina entre sus mujeres célebres, y no hay viajero que al visitar la Catedral de Strasburgo no se detenga á contemplar su estátua.

¿Fué el maravilloso bosquejo obra suya ó de los Angeles, como supone la leyenda?

¡Ah, que sea como se quiera, una buena hija siempre recibe de Dios magníficas recompensas!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EL REMORDIMIENTO.

Del bóreas iracundo  
Ráfaga audaz, perdida,  
En la estacion mas bella  
Desciende á las campiñas.

De arena y seco polvo  
En torno va ceñida,  
Y arbustos mil truncados  
En pos arrastra impía.

Gentil muéstrase el bosque  
Poblado deavecillas,  
De verde pompa ornado  
Y flores infinitas.

Mas triste la viajera  
No goza en sus delicias,  
Y lanza al recorrerlos  
Gemidos de agonía.

Conmuévense á su paso  
Las plantas mas erguidas,  
Los árboles gigantes  
La faz temblando inclinan.

Y el céfiro apacible,  
Plegando sus alitas,  
Oculto entre las flores  
Con mudo horror la mira.

Y al escuchar los ayes  
Que lanza dolorida,  
Así piadoso exclama  
Y humilde al par se inclina:

«Abril reina ufano:  
Con pródiga mano  
Tesoros derrama de inmenso valor,  
Y monte y llanura,  
Con grata hermosura,  
La gloria publican del Sumo Hacedor.  
Si tú por ellos rápida giras,  
Hija del Bóreas, ¿por qué suspiras?

»Ostentan las flores  
Brillantes colores,  
Y dan al espacio suavísimo olor:  
Parleras las aves,  
Ya tiernas, ya graves,  
Cantares elevan de dicha y amor.  
Si galas tantas do quier admiras,  
Hija del Bóreas, ¿por qué suspiras?

¿Y sigues gimiendo?  
¿Y pasas huyendo?  
¿Del bosque no atiendes el triste clamor?  
¡Oh! dínos tu historia;  
¿Tal vez la memoria  
Imágen te ofrece de oculto dolor?  
¿Por qué te quejas? ¿Sueñas? ¿Deliras?  
Hija del Bóreas, ¿por qué suspiras?»

Tal murmura. La ráfaga  
Atrás volvió indecisa,  
Retuércese entre el polvo,  
Y así gimiendo grita :

«¿ Preguntas mi historia?  
¿ Querrás la memoria  
De males pasados curioso evocar?  
Escúchala atento,  
Y pueda un momento  
Con ella lecciones benéfico dar.

»Crucé los espacios:  
Los vastos palacios  
Del rey de los vientos gozosa dejé;  
Siguieron ligeras  
Mis cien compañeras,  
Y ráuda á los mares con ellas bajé.

»Allí nave airosa  
Volaba orgullosa  
De alegres viajeros al grato rumor;  
Envidia sentimos,  
¡Perezcan! dijimos,  
Unidas rugiendo con ronco fragor.

»Yo fuí la primera:  
Al antro, altanera,  
Del Bóreas mi padre veloz acudí,  
Y vientos traidores,  
Y negros vapores  
En alas de fuego conduje tras mí.

»Rugió airado el trueno;  
Rasgando su seno  
Flamígero rayo la nube arrojó;  
Y el mar á este ultraje  
Con ráudo oleaje  
Horribles rugidos soberbio lanzó.

»¡ Ay buque orgulloso!  
Del ponto furioso,  
Do quier arrastrado, juguete le ví;  
Y en pérfido intento  
Con golpe violento  
Silbando en las cuerdas sus lonas hendí.

»Aun pude salvarlo,  
Mas, ah, que humillarlo,  
Vencer á sus náutas ansiosa anhelé;  
Por mí en remolino  
Dió vueltas sin tino,  
Y á duros escollos al fin lo arrojé.

»Abrióse en pedazos,  
Alzaron los brazos  
Cien náufragos tristes, gritando piedad;  
Flotaron gimiendo,  
Los ví, mas riendo  
Sobre ellos las olas alcé con crueldad.

»En balde lucharon,  
En balde anhelaron

Asirse á las tablas del roto bajel;  
Con soplos pujantes  
Lancélas distantes,  
Su sola esperanza burlando cruel.

»A nube elevada  
Alcéme cansada:  
A poco temblando veloz descendí.  
La muerte ya impía  
Triunfante lucía....  
Lloré: mis maldades al fin comprendí.

»De entonces deliro  
Y en rápido giro,  
De mí misma huyendo sin treguas jamás;  
Me aquejo pensando  
Que aúllidos lanzando  
Terrificas sombras me siguen detrás.

»Con alas inquietas  
En vano á las grietas  
De viejos castillos acudo veloz;  
Penetro anhelante,  
Mas ¡ ay! delirante,  
Del náufrago en ellos escucho la voz.

»Si llego medrosa  
A selva frondosa,  
Al ver su ramaje gracioso ondular;  
Me aparto gimiendo,  
En ella creyendo  
Del verde océano las olas mirar.

»Mil veces altiva  
Por gótica ojiva  
En templos sombríos veloz penetré;  
Vagué por sus naves,  
Y lentos y graves  
Cien lúgubres ecos en torno escuché.

»¡ Oh céfiro leve!  
No sigas aleve,  
No sigas del crimen la senda fatal,  
Que en tí tu castigo,  
En tí tu enemigo,  
Tu propio enemigo, verás por tu mal.

»Tenaz yo lo siento,  
Horrible tormento  
Oculto, sin treguas, me obliga á sufrir:  
Haláganme en vano  
El bosque y el llano,  
Es ¡ ay! mi destino por siempre gemir.

»Acaso algun día  
Con pura alegría  
La tierra y el cielo veré sonreír;  
Tendré en los espacios  
Grandiosos palacios,  
Mas es mi destino por siempre gemir.»

—  
Dice: gimiendo huye  
La ráfaga bravía,

Y ecos lúgubres suenan  
 En bosques y colinas.  
 Sus cánticos suspenden  
 Canorasavecillas,  
 Oculto en las florestas  
 El céfiro suspira;  
 Parece que natura  
 Murmura estremecida:  
 «Existe una conciencia  
 Que al pérfido castiga.»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

## UN TRAJE DE GLASÉ.

(CONTINUACION.)

Al siguiente día en la casa de D. Diego se disponía todo lo necesario para la partida de Miguel, que había tenido buen cuidado de conseguir antes la licencia de su principal.

Diana cumplió también su promesa, enviando espresamente para Adela un magnífico regalo, según había manifestado á su aya.

La hija de D.<sup>a</sup> Isabel estaba loca de gozo, pues jamás se había visto poseedora de tan costoso atavío, y ya sabemos que esta niña amaba con un extremo fatal el lujo y los adornos.

### VII.

Habían trascurrido algunos días, y la familia de D. Diego, dichosa, merced á la generosidad de Diana, recibía sin cesar cartas de Miguel noticiando su mejoría, y las protestas de su cariño.

Adela también era feliz, y solo la mortificaba el que aun no se había presentado la ocasión de salir de casa ningún día desde que poseyera su nuevo traje.

La casualidad, ó la fatalidad tal vez, hizo que esta se presentara, pues un día una señora, antigua conocida de D. Diego, y que vivía inmediato á ellos, llegó á suplicar á éste que permitiese á sus dos hijas ir á pasar algunas horas á su lado, pues iba á celebrar con una pequeña reunión los días de su esposo.

Adela vió en esta invitación todo un mundo de esperanza y de alegría. Al fin iba á verse ataviada con el costoso regalo de Diana, y según ella pensaba, iba á ser la envidia y la admiración de todas sus conocidas.

Luisa se negó con su dulzura acostumbrada á dejar á sus padres solos.

La virtuosa jóven les había hecho el sacrificio de su vida entera, y no quería por un instante faltar á cumplir su santa misión.

En cuanto á su hermana, miraba á su madre con tal expresión de afán é impaciencia, que ésta adivinó sus deseos, y no pudo menos de decir para sí con la indulgencia de las madres:

—Esta pobre Adela pasa su vida entera encerrada aquí; su imaginación es viva, gusta de los placeres del mundo y de las alegrías de la juventud: dejémosla ir, pues; ¡es tan niña! ¡su afán es tan natural!

De este modo, el consentimiento fué otorgado, y quedó convenido en que Adela aceptaría aquel convite inesperado.

La impaciencia de la niña era solo comparable con su gozo. Pasó la tarde entera delante de un pequeño espejo arreglando sus cabellos, ensayando sus sonrisas, preparando sus ademanes. Nada la parecía bien, deshizo mil veces sus hermosas trenzas, y las volvió á hacer colocándolas de distinto modo.

¡Pobre criatura, que por su loca vanidad perdía en aquel momento el dulce abandono de la niñez, la tranquila confianza en sí misma que Dios ha dado á la juventud! ¡Pobre criatura, que por su afán de adornarse olvidaba que poseía una hermosura debida solo á la naturaleza, y que no necesitaba ni adornos ni atavíos para lucir fresca y pura entre las rosas de la primera edad!

Por fin llegó la noche, y con ella el cumplimiento de su más ardiente anhelo.

Salió de su casa haciendo crujir la seda de su traje, y sin acordarse siquiera de dar un beso á Luisa, que había contribuido á su dicha, colocando en sus rizos algunas flores naturales que la había comprado con sus ahorros.

Cuando ya se hubo marchado.

—No sé por qué, dijo D. Diego, me disgusta ver salir á nuestra hija de ese modo; ese vestido es demasiado rico para ella, debíamos habernos deshecho de él para comprarle otro más modesto.

—Eso hubiera sido desairar á nuestra bienhechora, se apresuró á decir D.<sup>a</sup> Isabel, y de ningún modo podíamos hacerlo.

—Además, exclamó Luisa, ¡sienta tan bien á mi hermana! va tan hermosa con él, que hubiera sido una lástima privarla de la alegría que lleva en este momento.

—Sin embargo, replicó el padre, hay alegrías que pueden costar bien caras, y la de Adela acaso es una de ellas; esa niña jamás podrá costear adornos y galas en la posición que ocupa, y acostumbrarla á ellos será hacerle más penosa nuestra pobreza y nuestra situación.

—¡Bah! dijo la madre, los caprichos de la juventud pasan bien pronto; Adela perderá el afán que tiene hoy, y será como su hermana, una jóven modesta y virtuosa, encanto y apoyo de sus padres.

—¡Dios lo quiera!

—Entre tanto que vuelve, dijo Luisa, voy á terminar esta labor que debo entregar mañana; y acercándose á su mesita empezó á trabajar con un afán estremado.

### VIII.

Adela se había presentado en aquella reunión de familia, donde encontró á algunas de sus amigas, todas hijas de personas pobres, pero honradas: ninguna, pues, iba vestida como ella, cuyo traje, hecho para Diana, que pertenecía á unos padres opulentos y aristócratas, además de ser de una

costosa tela, estaba lleno de adornos riquísimos, y hecho según las prescripciones de la última moda.

Esto, como era natural, atrajo sobre Adela todas las miradas, pero la niña pudo notar en ellas más asombro y extrañeza que admiración y simpatía.

Algunas de sus compañeras se la acercaron, y con una curiosidad, que nada tenía de benévola, la examinaron detenidamente, pero luego se alejaron de ella para ir á hablar en voz baja con algunas que, menos atrevidas, no habían dejado su puesto. Las menos vanidosas no querían estar á su lado, bien porque aquel lujo las eclipsara, ó bien por otras razones que no era dable comprender.

La joven, que había creído ser el objeto de las atenciones y los elogios de todos, que había soñado con ser la reina de aquella reunión, se veía aislada y sola, y esto la mortificaba sobre manera.

Sentóse, pues, en un extremo de la sala con las mejillas rojas por el despecho y la confusión.

¿Qué había hecho ella para que se la tratase de aquel modo?

Las mismas que ahora la desairaban casi la habían mostrado siempre un afecto sincero y estremado, se habían acercado á ella con la sonrisa en los labios y tendiéndola la mano; haciendo y recibiendo esas mil inocentes y pueriles confianzas que son un mundo para las jóvenes de su edad.

¿Por qué, pues, aquella noche huían de su lado y la trataban con una indiferencia ó un desvío marcado? ¿Consistiría esto tal vez en la expresión de vanidosa alegría con que se había presentado entonces? ¿Consistiría en la mirada desdeñosa que había fijado en sus trajes, inferiores en mucho al que ella llevaba.

Esto pensaba Adela, y quiso ver si aparentando una amabilidad estremada, podía atraerlas de nuevo en torno suyo. Dejó su asiento animada por esta idea, y fué á colocarse junto á una joven de diez y seis á diez y siete años que habitaba muy cerca de su casa, y con quien la unían algunas relaciones, puesto que era hermana de uno de los dependientes de la misma casa en que trabajaba Miguel.

—María, la dijo con el acento más dulce que pudo hallar, ¿has venido con tus padres?

—No, replicó ésta, me ha traído mi hermano y con él debo marcharme.

—Estás muy bella esta noche, dijo Adela, procurando halagar á su compañera.

—No tanto, sin embargo, como tú, replicó ésta; ninguna te aventaja, y cualquiera parece vulgar y mal vestida á tu lado.

—Te engañas.

—¡Oh! no: nadie diría que perteneces como nosotras á una familia que carece de una gran posición. ¿Cuánto has gastado en ese traje?

Adela iba á decir que lo debía á la generosidad de Diana; esta franqueza acaso hubiera hecho que sus amigas se reconciasen con ella, pero su natural orgullo se resistió ante la idea de que creyesen una limosna los adornos que ostentaba, y solo respondió:

—No sé, mi madre va á las tiendas, y yo... yo no entiendo de esto.

—¡Ah! entonces... y supongo que tu hermana, que Luisa se habrá hecho uno igual también.

—Ella no.

—¿Qué no! ¿Pues no es tu hermana?

—Sí... mas....

Adela empezaba á turbarse y no sabía qué contestar.

—¿Y por qué no ha venido esta noche, insistió su interlocutora? ¿Se avergonzará acaso de presentarse entre nosotras como vamos todas vestidas?

—Se ha quedado cuidando de mis padres, y por eso....

—Es verdad, tu hermana es muy buena, y he hecho mal en pensar así de ella, pues sé que no tiene nada de orgullosa ni querría ser más que nosotras.

—¿Supongo que nos iremos juntas? preguntó Adela queriendo dar otro giro á la conversación.

—No sé si podrá ser, respondió María; he venido con mi hermano, é ignoro cuándo querrá que nos marchemos.

—Es que yo...

—Tú has venido con la dueña de la casa, y ella te puede acompañar.

—¿Te vas de mi lado? interrogó Adela viendo que su compañera trataba de levantarse.

—Sí: me está llamando Margarita, y voy á ver lo que quiere.

Y sin añadir una palabra más, Adela se vió sola de nuevo, y desairada casi por aquella joven.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

## VARIEDADES.

### El ramillete de rosas.

En una interesante obrita que acaba de publicar en Francia Mad. Leontine d'Aunet, titulada *Viage de una mujer á Spitzberg*, leemos la siguiente anécdota:

«Nos acercábamos, dice, al Hammerfest, esto es, á la ciudad más septentrional del globo, último grupo de habitaciones de la vieja Europa.

Entre los pasajeros del navío, llamaba particularmente mi atención un joven pálido, rubio, delgado, silencioso, contra la costumbre de los noruegos. Pero no era esta circunstancia la que despertaba mi curiosidad, sino el verle muchas veces al día descender á su camarote con una garrafa en la mano, y encerrarse en él por espacio de mucho tiempo. Maliciosa, como toda mujer, supuse, y me acusé de mi suposición, que la garrafa podía contener otro líquido, que no fuese el que brota de las fuentes.

Un día hallé la solución del enigma. Reinaba un huracán espantoso, estábamos en peligro de zozobrar, y el joven subió al puente, llevando en una mano la misteriosa garrafa llena de agua, y en la otra un tiesto de búcaro, en el cual estaba colocado un pequeño ramillete de rosas y geranios. Imposible es explicar con palabras el afán con que defendía su frágil tesoro de los embates del viento, cubriéndolo con su sombrero; pero á pesar de todas sus precaucio-

nes, una ráfaga de aire mas fuerte que las otras deshojó una rosa. El jóven lanzó un suspiro, y se puso á contemplar tristemente sus pétalos marchitos, que habian caido sobre una esquina de mi capa.

—Señora, me dijo en buen inglés, hágame Vd. el obsequio de no moverse para que no se caigan las hojitas.

En efecto, las recogió cuidadosamente una por una, y las guardó en una caja de ópalo.

—Vais muy lejos con ese ramillete? le pregunté sonriendo.

—Voy á Hammerfest y se lo llevo á mi madre, contestó con singular dulzura. Sé que la causará sumo placer. Figuráos, señora, que mi madre no es noruega sino inglesa, y que hace diez años que no vé rosas. ¡Pobre madre mia, cuánto deberá conmoveerla este pequeño ramillete, recor-

dándola su hermoso pais, en donde hace calor y en donde crecen por todas partes los rosales.»

Otros hijos darán la vida por su madre; pero, ¿no os parece muy tierno y delicado este rasgo de filial ternura?

\* \*

### La piedra filosofal.

En el tiempo en que Catalina de Médicis habia puesto de moda en Francia los alquimistas y los brujos, un astrólogo inglés se dirigió á Rubens con objeto de venderle el imaginario secreto de la piedra filosofal.

El pintor le llevó á su taller, y le dijo sonriendo:

—Llegais demasiado tarde. Hace mas de veinte años que he descubierto vuestro secreto en esta paleta y en estos pinceles. La verdadera piedra filosofal se encuentra en el trabajo.

## LABORES.

Una sola representa el grabado, una linda *caja* de tocador, destinada á ostentarse en él, ó sobre la chimenea de nuestro gabinete, entre otros objetos de adorno. Su trabajo consiste en aplicaciones de cachemir sobre paño, y su destino es para guardar los pañuelos, las corbatas ó las joyas.

Para ejecutarla se cortarán cinco cartones cuadrados iguales, para formar los cuatro cantos de la caja y el suelo de ella: se forran estos cartones por fuera de paño de color de madera, y de seda por dentro, cosiéndolos á punto por encima alrededor. La cara de paño se habrá bordado con anticipacion, trazando en su centro los arabescos que muestra mayores el modelo núm. 2. Los arabescos se cortan en cachemir azul claro y se cosen alrededor á *punto Méjico* con seda negra: la media luna que va en su base es de cachemir blanca, aplicada del mismo modo sobre el arabesco, y la palma y los bодоques, bordados al *pasado* los segundos, y á *punto ruso* las primeras, se ejecutan con seda

carmesí: con la misma, y á punto ruso tambien, se borda la estrella que va entre ambos arabescos, y la palma que remata en tres nudos al *minuto*. Bordadas iguales las cuatro caras y cosidas á los cartones respectivos, se unen unos frentes á otros, y á la base por medio de un *punto*, que se cubre con un cordón grueso de lana azul: sirven de cubierta cuatro pedazos triangulares bordados y armados del mismo modo, rematándolos por encima una bellota de pasamanería, y alrededor una hilera de madroños azules.

El modelo núm. 1 muestra la caja descubierta, y se vé una almohadilla perfumada con sus asas para poder levantarla y colocar debajo los objetos que la caja haya de guardar. Como al principio hemos dicho, esta caja, que deberá ser de un palmo cuadrado por cada frente, debe ocupar un sitio en el tocador ó en cualquier otro mueble de continuo uso.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

### Explicacion del Figurin, núm. 870 bis.

Núm. 1. *Peinado* de soiré, compuesto de cocas y adornado de ramas de volúbilis montadas sobre diademas de metal: las flores descienden por los dos lados en ramas ligeras.

Núm. 2. *Sombrero*, de encaje negro bullonado con tres hojas encarnadas y trenzas de terciopelo: la de atrás, mas gruesa que las otras y orillada de un encaje, baja á formar las bridas.

Núm. 3. *Sombrero* de terciopelo, plegado del fondo á la orilla, y reunido el extremo de los pliegues, bajo un gran lazo de encaje, cuyas puntas descienden por detrás: bridas de terciopelo rizado y sujetas por un grupo de flores iguales á las que adornan en guirnalda el borde del ala.

Núm. 4. *Chaqueta* para casa, hecha en *failli* (seda), de color fuerte, adornada de tres carreras de cuentas de am-

bar formando festones, sujetos con un botón igual: su forma es ceñida al talle, con aldeta rizada por detrás y manga doble, la interior de codo, muy ajustada, y la exterior perdida y cuadrada.

NUM. 5. *Cofia* para casa, compuesta de un fondo de tul negro, cubierto de tres anchas cintas de seda, orilladas de puntilla, guarneciendo la cofia alrededor un entredos entre dos puntillas, con viso de cinta igual á la anterior y las bridas.

NUM. 6. *Cofia* para recibir en casa. Esta rica cofia es de tul-blonda, cubierto su centro de tafetan de color, con un cuadro encima de encaje orillado de puntilla: encaje igual guarnece toda la cofia, y las bridas del mismo tul bullonado.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 24.



1



2



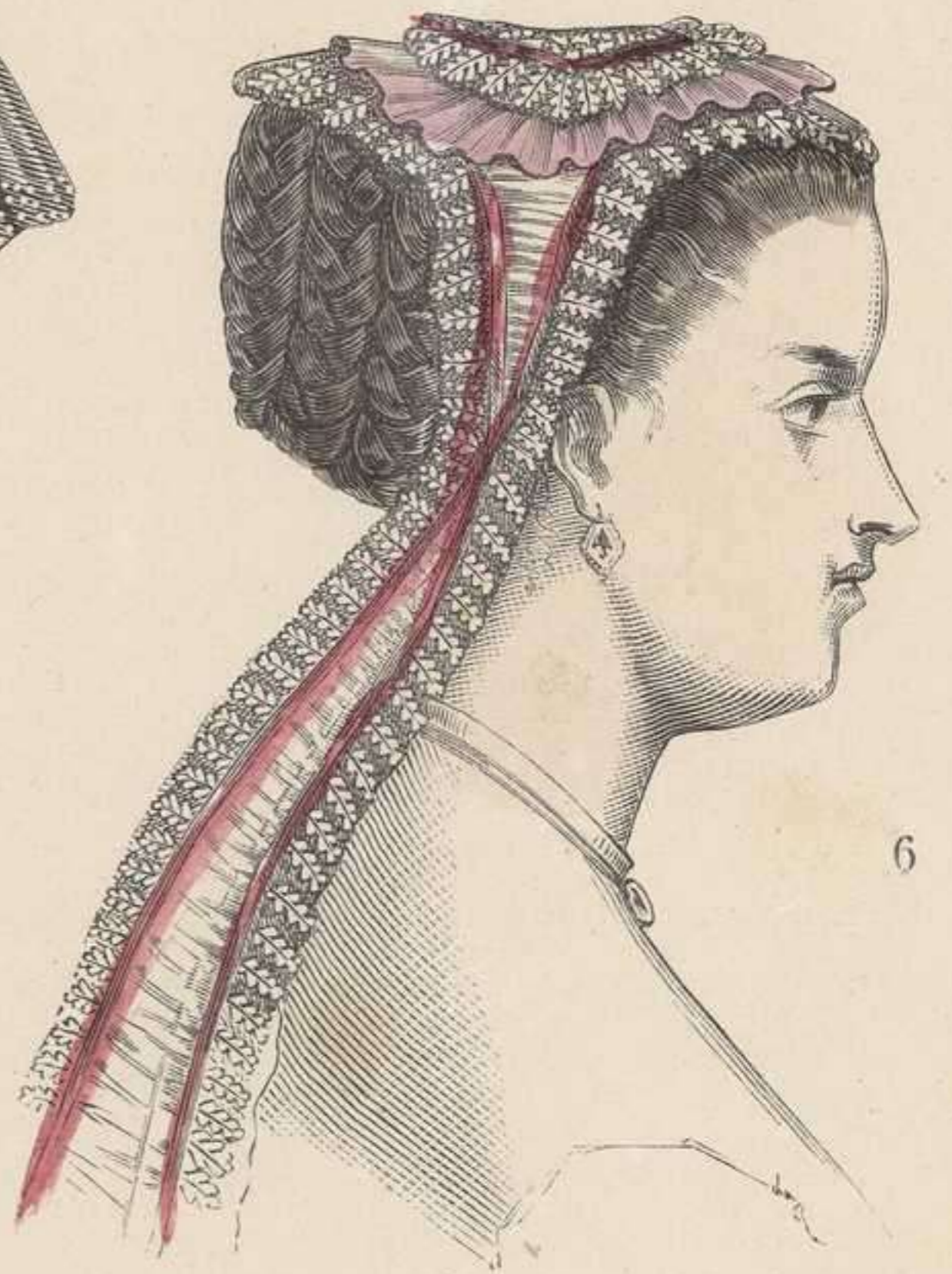
3



5



6



4

Paris. — Impr. E. Martinet.

# LE MONITEUR DE LA MODE

870 bis.

Paris, rue Richelieu, 92.

Bonnets-coiffures de M<sup>me</sup> BRÉMONT, *A la Couronne Impériale*, rue Neuve-des-Petits-Champs, 76.  
Fleurs de PERROT-PETIT et C<sup>ie</sup>, rue Neuve-Saint-Augustin, 20. Dentelles de VIOLARD frères, rue de Choiseul, 3.

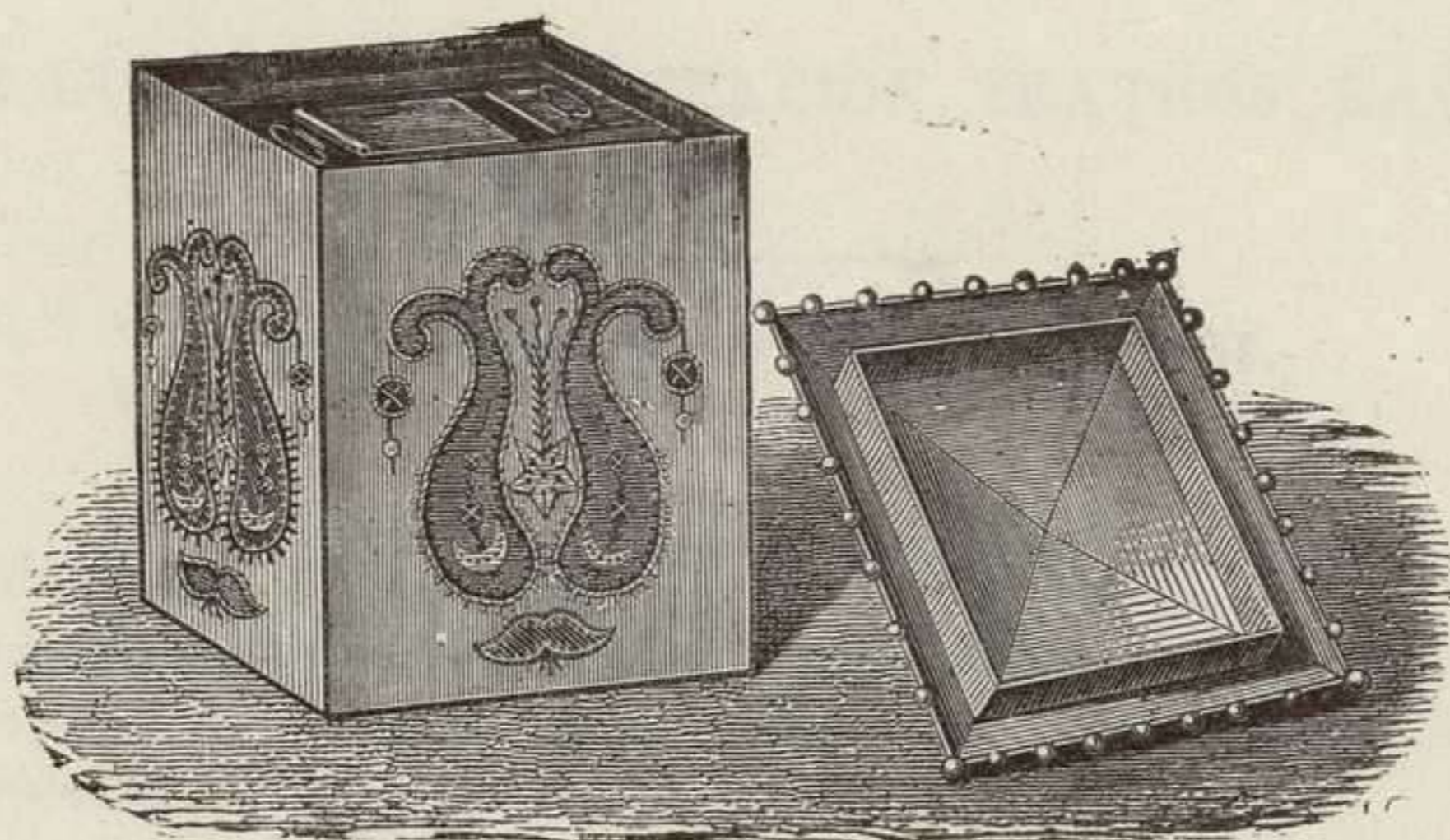
Entered at stationer's hall.

LONDON, E. Weldon, 22, Tavistock street Covent Garden, W. C.

MADRID, *el Correo de la Moda*, D. M. Grassi.



1



2

